

FERNANDO J. MÚÑEZ


ANTES SE SECARÁ



LA TIERRA

Cuando el corazón de la tierra late,
es imposible no escucharlo

Por el autor de LA COCINERA DE *CASTAMAR*

 Planeta

Fernando J. Múñez



Antes se secará la tierra

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Fernando J. Muñoz, 2023

Autor representado por IMC, Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: febrero de 2023

Depósito legal: B. 620-2023

ISBN: 978-84-08-26795-9

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print CPI

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

«Recuerda de dónde eres, André. Recuerda que perteneces a esta tierra donde los ríos riegan valles y quebradas, donde las piedras se visten de un verde que es más verde y beben un agua cristalina que nace de los cantos y la magia. Recuerda siempre que estos montes viajarán contigo allá donde vayas, pues se meten dentro desde que naces, como la humedad de las tormentas o el frescor en verano que estas abandonan tras de sí». Se lo había dicho su tata, Celsa, el día en que se había ido a Salamanca a estudiar Leyes. Ahora, con el título de doctor obtenido tras diez años de estudio, regresaba a As Airas, el pazo familiar, con el alma teñida de nostalgia y alegría a partes iguales: «Una etapa se acaba, André —se dijo a sí mismo—. Y con mi regreso se inicia otra».

Subido en el carro del mayoral, un hombre de manos anchas como pezuñas de toro y que trabajaba para su abuelo Dositeu desde antes de que él naciera, André observó el camino jalonado por sillares de granito que, como un sendero enmarcado en lápidas sin nombre, conducían a la casa solariega. La carreta serpenteó por el soto ascendiendo pesadamente entre los chirridos del pescante y los crujidos de la madera que, aunque era sólida, le parecía que iba a despedazarse en cualquier momento. Tras cruzar los arcos de piedra cautivos de acederas que auguraban la en-

trada al pazo, surgió junto al castañar la fachada apaisada, mostrando orgullosa el granito del que estaba hecha. André levantó el mentón, ansioso por el reencuentro con todos —sobre todo con ella—, mientras intentaba atisbar el frontispicio congestionado de musgos apretados de recuerdos. Al contemplar por fin el pazo de tres plantas, con sus terrazas descubiertas y las galerías acristaladas, sus salones y sus criados pululando de aquí para allá, le penetró en el pecho la memoria y percibió de golpe el olor de las siestas de verano; los sonidos de las carreras con sus hermanas y su hermano mayor, Amil, por los corredores superiores de madera noble; el aroma del pote hervido durante horas con las patatas, los grelos, el chorizo y el unto cociéndose en una vasija de barro de cuello estrecho en el hogar; las lecturas de invierno en el salón de caza junto a su madre, Cristina, aderezadas con chocolate amargo caliente y panecillos recién horneados por su cocinera. Aquella otra vida junto a su familia —y junto a ella—, entre los mayores y el ganado, con su padre, Amaro, y su abuelo Dositeu, se le antojaron de pronto desdibujados, como los paisajes gallegos tras la bruma de la mañana. «Cuánta razón tenía la tata —se dijo—. Somos tanto de esta tierra que no podemos alejarnos de ella sin sufrir la ausencia de sus quebradas, de sus humedades y sus gentes. Ardo en deseos de verlos a todos».

El mayoral detuvo el carro frente a las escaleras. Estas daban acceso a una balconada enorme que recorría toda la extensión del edificio como una sonrisa de piedra.

—Bueno, hemos llegado, don André —dijo exhibiendo una dentadura horadada y sincera.

—Gracias, Fernán —respondió, y apenas esperó a que se detuviera para saltar desde el pescante con la agilidad que le permitían sus veintiocho años.

Ascendió los escalones de dos en dos al tiempo que el

mayoral lo hacía tras él con el baúl a la espalda y una maleta cautiva en esa mano capaz de sujetar una montaña. Un aroma húmedo y acogedor le susurró que ya estaba en casa, y coronó las escaleras hasta la arcada principal. Le pareció extraño que don Cosme, el mayordomo, o algunos de los sirvientes no hubieran acudido a ayudarle. De nuevo, los nervios de verlos a todos —de verla a ella— le atraparon el estómago. Sin embargo, la puerta de roble macizo con el escudo familiar sobre la dovela central fue lo único que le dio la bienvenida. Lo escrutó un momento y leyó «Colere, Lac, Caro», la leyenda que su abuelo Dositeu había hecho grabar sobre el blasón cuarteado en cruz. «Cultivar, Leche, Carne —tradujo para sí—. Nuestro lema respira amor por el trabajo». Su familia había sido una de esas familias *fidalgas*, más bien pequeñas, que, además de administrar y arrendar tierras de la Iglesia a otros campesinos a cambio de una comisión, trabajaba las suyas, con su ganado y sus ahorros. No obstante, con la primera desamortización del siglo anterior, la de Godoy, su tatarabuelo Martín y, después, con las sucesivas, también su abuelo Dositeu, habían preferido convertirse en propietarios de más tierras. Así, habían ido comprando solares y cabezas de vacuno, intuyendo que el sistema tradicional de arrendamientos eclesiásticos tenía sus días contados con los nuevos aires que imponía la burguesía liberal. Al final, las tierras habían pasado del clero a los nuevos burgueses capitalistas, que habían seguido arrendando la tierra a los campesinos, incluso en algunos casos a mayor precio que la Iglesia antes. La familia, por su parte, no había aumentado las rentas a los labriegos, si bien su abuelo Dositeu afirmaba que «un campesino produce mejor cuando le aprieta el hambre». Después de cincuenta años, los Castronavea tenían una de las explotaciones agrícolas y ganaderas más importantes de Ourense.

Aun así, no había sido fácil. La pobreza y la dureza con la que la vida había golpeado Galicia habían puesto el patrimonio familiar en dificultades en algunos momentos. Pese a esto, el abuelo Dositeu había soportado las inclemencias, las guerras carlistas, y no cedió a la tentación de vender el patrimonio y migrar a las Américas como habían hecho otros. Decidió que alguien debía quedarse y recoger lo que otros dejaban. Gracias a esto y a la rubia gallega —un tipo de vacuno que Amaro, el padre de André, pensaba que era una bendición porque daba buena leche, buena carne y servía para el trabajo—, el abuelo salió adelante. Ahora los Castronavea eran conocidos por surtir de productos vacunos a Portugal, Inglaterra y a gran parte de España. Eso sin contar que producían importantes cantidades de cereales y maíz, poseían herrerías con buenos réditos e incluso habían plantado un pequeño campo de vides en el que producían su propio vino. Por eso, «Cultivar, Leche y Carne» había pasado de ser el lema del abuelo a ser el marchamo de la familia. «No hay nadie en toda Galicia que no conozca el nombre de don Dositeu», se dijo con orgullo.

Penetró en el recibidor, abierto y de techos altos, donde la arcada que se elevaba hasta el artesonado servía de frontera invisible. Tras esta, la escalera caoba, tan ancha y amable como entonces, le invitó a ascender cuan larga era hasta el primer rellano. Desde allí, dos nuevos brazos de mamperlanes se extendían encuadrados por estatuas hasta las dos galerías de madera volada que conducían a las estancias superiores. «Todo sigue igual —se dijo olfateando emocionado la tradición de la casa concentrada en ese aroma tan peculiar—. Tienes el pulso algo acelerado».

—Parece que no se han *acordao* de usted, don André —murmuró el mayoral.

André miró hacia los laterales del recibidor: las puertas

acristaladas estaban cerradas. De nuevo le extrañó el silencio. Se acercó a uno de los espejitos que se situaban sobre las mesitas de tres patas de marquetería, se desprendió del gabán y tiró de la leontina, la cadena de su reloj de bolsillo, para ver la hora. Era pleno mediodía.

—Eso parece —respondió él con una sonrisa sardónica—. Después de diez años puede que ya no me reconozcan.

«Espero que no —se dijo a continuación estirándose la chaqueta aterciopelada—. Sobre todo, espero que ella se acuerde bien de mí». Ella. Su tía Iria, la persona a la que más unido estaba de toda la familia, era unos siete años mayor que él y hermanastra de su padre —nacida del segundo enlace del abuelo Dositeu tras la muerte de la abuela Asunción—. Tenía un carácter implacable y una hermosura embriagadora. Si bien él se había carteadado con su madre y con sus hermanas, y algo menos con su padre, las cartas entre Iria y él habían sido recurrentes. Desde que era un crío, su tía había estado ahí para cuidarle como una hermana mayor, hasta el punto de que, el día que había partido rumbo a estudiar Leyes, a Iria se le habían escapado unas lágrimas —y ella nunca lloraba— justo antes de separarse de él y alejarse sin decir nada más.

Se encaminó hacia el salón haciendo crujir el parquet impoluto con el ansia de verlos otra vez, de verla otra vez. Abrió las puertas, y de pronto se sobresaltó al oír un coro de voces:

—¡Sorpresa!

André sonrió complacido, aunque le bastó un vistazo para saber que los ojos glaucos de Iria no estaban entre los presentes. En el centro del salón, sobre la alfombra dorada, entre los muebles de madera y mármol, se mantenía, recio como un enebro y sin apoyar apenas su figura sobre el bastón, el abuelo Dositeu, con setenta y tres años y su rostro arado por los surcos de la vida. Algo más atrás, Ama-

ro, el padre de André, que tenía el semblante de la amabilidad, sonreía apoyado sobre los jaspes de la chimenea que le llegaba hasta los hombros. Parecía escapado de una pintura bucólica donde el tiempo fluyera en una quietud sencilla. Al lado, Cristina, su madre, con un vestido turquesa cuya falda se descabalgaba en un vuelo mucho más cerrado que los de décadas anteriores, brillaba con las manos apretadas balanceándose en el terciopelo del sillón tallado en marquetería fina. Por último, Basi y Matilda, sus dos hermanas menores, chillaron de emoción y corrieron desde el fondo de la estancia para abrazarle como si fueran a empezar a jugar como cuando eran niños.

—Vamos, vamos —les dijo—. Pero sí que estáis creciendo...

Basilisa, a la que a menudo llamaban Basi, seguía poseyendo una belleza algo bruja y desacompasada, como si todo en su rostro fuera bello pero algo no encajase. Esta giró la cabeza en un gesto de afirmación y se cubrió coqueta con la manteleta de blonda. André, que la conocía bien, entendió que se sentía mayor a sus veinticinco años, pues había alcanzado la ansiada mayoría de edad. «Siempre ha deseado que todo el mundo piense que es perfecta —se recordó divertido—. Debe andar toda entusiasmada con casarse con algún buen partido».

—¿Sabes que en Monforte he sido la muchacha más aclamada en el convite de don Gerardo? —dijo Basi con su acostumbrado egotismo.

Matilda, de unos veintitrés y con un carácter más reservado, arrugó el gesto tras sus gafas como si no fuera para tanto y, con aquel afán tan cuidadoso en todo lo que hacía, aventó su vestido a cuadros y besó a André en la mejilla. Este la correspondió con un beso sobre la pequeña cicatriz que le marcaba la frente, recuerdo de una cox desleída que le dio uno de los asnos. Ella le cogió de la mano desplegan-

do su sonrisa, más corriente que la de Basilisa pero mucho más amable para él.

—Cómo nos alegra que estés de vuelta —le dijo, y susurró después al oído de André—: Madre lleva todo el día nerviosa con tu llegada.

André dedicó una mirada de nuevo a Cristina, que se había puesto en pie con los ojos rutilantes de la emoción. Iba a preguntar por la tía Iria cuando el abuelo se acercó lentamente y le posó la mano sobre el hombro con cierta solemnidad. André supo que con aquel gesto le indicaba que había despedido a un muchacho hacía diez años y ahora daba la bienvenida a un hombre. Dositeu se atusó el espeso mostacho y le miró con esos ojos azules que desafiaban el color del cielo en verano.

—Estoy orgulloso de ti, nieto.

Le sorprendió aquella repentina sinceridad. Su abuelo era de pocas palabras y nunca decía nada al azar. Era más de silencios cargados de significado, que abrumaban a cualquiera que se expusiera a ellos.

—Gracias, señor —le contestó, y de pronto su madre le estampó un beso en la mejilla y su padre se acercó a estrecharle la mano—. Gracias a todos.

—Hoy comeremos un buen estofado de ternera gallega para celebrar tu regreso —le dijo su madre, radiante.

—Y he invitado esta noche al alcalde de Puebla de Trives —añadió su padre estirándose el chaleco bordado en dorado y colocándose el puente de las gafas para verle mejor—, don Venancio, y a don Luis Feijó, el juez de Monforte, para que te vayas haciendo un nombre.

A Cristina se le torció el morro y negó con la cabeza. No le gustaba nada que hablasen de tertulias de trabajo cuando todavía André no se había encontrado con su familia. No solo deseaba que el encuentro con su hijo pequeño no se viera empañado por quehaceres laborales, sino que tam-

poco quería entender esa necesidad. Aquellas reuniones eran parte del mundo de los hombres, de sus copas y sus cigarros humeantes. A ella, como señora de la casa, solo le preocupaba el bienestar de sus hijos, y ya había supuesto una tortura pasar diez años sin André como para empezar a hablar de trabajo e influencias.

—Acaba de llegar y ya estáis a vueltas con su futuro —resopló Cristina como conclusión—. Que estamos en 1845, no dentro de veinte años. Deja algo para el presente, Amaro, que te pasas la vida haciendo planes.

Por su parte, Amaro se encogió de hombros: era sabido que esos planes no eran suyos sino del abuelo Dositeu. Le daba igual. Él era de esos hombres sencillos sin aspiraciones en la vida ni ideas propias; amante de la lectura y la tranquilidad, eludía los conflictos como una liebre a los depredadores. Toda su vida había sido dirigida por su padre, y solo gracias a este se había hecho con el cargo de alcalde de Monforte de Lemos. A él nunca le había costado acomodarse a los deseos paternos, más bien había sido una bendición. De no haberlo hecho así, se habría convertido en un alma diletante y desgraciada y, solo porque todo hombre necesita crearse una imagen de independencia, terminaba repitiendo como propias las ideas que antes escuchaba al abuelo.

—¿Acaso hay algo más importante que pensar en el futuro, *agarimo*? —*Agarimo* era la forma en la que Amaro dulcificaba cualquier comentario para no levantar ninguna polémica, eso y la consiguiente mirada de complicidad al abuelo—. Cristina, el muchacho es todo un abogado y cuanto antes se codee con las autoridades importantes, mejor. No creerás, mujer, que fui alcalde de Monforte solo por mi preparación.

André sonrió y se dijo, mientras se ajustaba las puñetas de la camisa a la chaqueta, que su espíritu era muy diferente

al de su padre. Ciertamente que había estudiado Leyes por dar gusto al abuelo y porque, en cualquier caso, no tenía ninguna vocación que le inclinase hacia otra cosa. Tal vez la única predisposición que sentía era una admiración y un amor profundo por su abuelo, y solo esto había contado. Sin embargo, al contrario que su padre, de haber tenido una pasión fuerte, se habría negado a las querencias del patriarca.

—Sí, sí..., ya me sé la historia —reprendió Cristina a su esposo, y besó a André en los carrillos otra vez—. Ahora tú sube a tu cuarto y acomódate.

André giró el picaporte labrado de su alcoba para descubrirla en el mismo estado que cuando se había marchado. A pesar de haberse reencontrado con la familia, su ansiedad seguía instalada dentro de él: no había visto a tía Iria. De pronto por el pasillo apareció el mayordomo, que abrió las manos con ternura para recibirle. André se las entrecrocó con cariño.

—No crea que el servicio no ha sufrido al verle llegar y no poder ayudarlo, pero eran órdenes de su abuelo. Todos queríamos darle una sorpresa.

André admiró su figura ancha y ya algo corva, y le encontró demasiado mayor, como si en esos diez años la vejez le hubiera devorado.

—No se preocupe, don Cosme, lo entiendo perfectamente y ha valido la pena —le contestó bajo el dintel de su alcoba.

—Todo está tal y como lo dejó —dijo el anciano—. Doña Neves se ha tomado mucho esmero en que no sintiera nada extraño al entrar.

—Dígale al ama de llaves que le quedo muy agradecido, está todo como lo dejé. Por cierto, no sabrá usted dónde está mi tía Iria...

—En los montes: hoy estaban de parto algunas rubias y está supervisando todo —le contestó—. Pero me dijo que fuera avisada en cuanto estuviera usted aquí y así lo hice.

No le extrañó. En su opinión, el espíritu de tía Iria estaba marcado por Galicia, por sus montes salvajes, sus aires inclementes, por los ríos Sil y Navea serpenteando entre verdes hirientes, y por cada una de las tierras que tenían desperdigadas por toda la zona desde la frontera con León hasta Monforte de Lemos. Ella conocía la heredad como si le hubiera sido grabada al nacer y tenía un espíritu tan indómito como el del abuelo Dositeu. Era seguramente la única que había heredado ese carácter suyo, y por eso era feliz montada sobre una yegua —más útiles en la montañosa Galicia que el caballo— recorriendo los pastos, las herre-rías, los plantíos, las vides y las vaquerías.

—Gracias —le dijo al mayordomo.

El viejo Cosme se dio la vuelta y, con su paso arrastrado, se marchó balanceándose por el pasillo como si fuese el péndulo cansado de un reloj de cuco. André penetró en la estancia y el parque crujió como un anciano quejica. Acarició el buró de madera oscura, que tenía la persiana cerrada como una muralla que impedía desvelar sus secretos. Giró la llave de latón de la base y la descorrió. Un frontal de cajoncitos con sus tiradores de bronce se mostró ante él cual celdas de un panal de abejas. Rozó con la yema de los dedos la madera cuando entró de pronto un perro de palleiro color canela. Meneaba el rabo nervioso y de inmediato se puso a dos patas sobre él dándole la bienvenida.

—¡Capitán! —lo saludó mientras el can daba un poderoso ladrido de emoción—. ¿Dónde está tu ama y señora?

En ese momento, oyó unos pasos apresurados surgiendo desde el pasillo, y elevó la cabeza para ver aparecer el rostro incandescente de Iria, que se detuvo bajo el dintel. Se miraron sin decir nada y, de pronto, ella, con su figura

entallada en los pantalones de montería, se acercó a él como la ola impulsiva de un mar y le besó en los labios como una amante. A André, que aquello le pilló de improviso, le latió el corazón tan aprisa que estuvo a punto de salirsele del pecho. La correspondió durante un instante, pero entonces su tía se separó y le clavó aquellos ojos encendidos en verde. Ella, que no pareció darle importancia al beso, le sonrió durante un instante eterno. André —que no sabía ni cómo había sucedido aquello— contuvo el aliento y también el deseo de besarla otra vez: ya no sería un beso entre una tía y un sobrino.

—Ya estás aquí, *meu rei*—le dijo, y le alborotó el cabello como cuando él era todavía un zagal y ella apenas una adolescente—. Supongo que, ahora que eres todo un abogado, tendremos que tratarte de don André.

Fue a decirle que ella nunca tendría que llamarle así, pero ambos se quedaron callados, mirándose como si pudieran hablar el lenguaje secreto del silencio: él viajando en sus ojos verdes, y ella perdida entre los pliegues de su rostro. André supo que no hacía falta decir nada porque las palabras eran distancia y los sonidos torpeza. Y, prendado por aquella fuerza salvaje que habitaba en su tía, encadenado a aquel huracán que podía condenarle, embargado por la presencia abrumadora de su verdor, sintió que todas las noches solitarias de universidad, que todas las amantes pasajeras, que todos los recuerdos de aquella dolorosa separación se hacían minúsculos hasta desaparecer en aquella tempestad que le prometía que nada los separaría de nuevo. «Nada hay en esta vida que quieras más que a ella», se dijo, y se dejó llevar por el pensamiento de que si alguna vez la perdía, él sería un alma hueca, condenada a vivir para morir en vida. Tragó saliva, envuelto en aquella aura acogedora de la que no quería salir; y sin poder evitarlo la apretó por la cintura, en un impulso, y deteniéndose apenas en

sus labios, la besó en la mejilla y la abrazó con la intención de no separarse nunca.

—Está bien, *meu rei*, yo también te he echado de menos —dijo ella deslizand los dedos por entre sus cabellos.

Fue entonces cuando Capitán, que se había mantenido sentado sobre sus cuartos traseros contemplando la escena, ladró: las pisadas de alguien se acercaban por el pasillo. De inmediato, en un acto reflejo, ambos se separaron, como si fueran culpables de quererse demasiado. André se giró y se fue hacia el buró sin saber muy bien qué hacer, cuando por la puerta apareció la figura corpulenta de su hermano Amil, tres años mayor que él. André le saludó con la cabeza y este, más frío aún, le devolvió el saludo. Por su parte, Iria dio un paso hacia Amil y le levantó el dedo:

—Esta mañana no te he visto en las lindes.

—Demasiada *brétema* —le respondió Amil—. Pensé que se apañarían solos los capataces.

—La niebla no es una excusa para no hacer tu trabajo —le dijo, y le apartó con la mano. Capitán la siguió, como buen perro pastor—. Espero verte mañana el primero. Os espero abajo.

Había sonado a advertencia. Amil solo apretó los dientes en silencio. Aquella relación siempre había sido así y, por lo que ahora veía André, había empeorado. Iria era la mano férrea del abuelo, y Amil el subalterno que nunca heredaría nada. Para el abuelo, su nieto mayor era un capataz más o menos competente, pero no tenía ni el valor ni el arranque de un verdadero *fidalgo*. Y no porque el abuelo no lo hubiera deseado, pero la verdad era que ni su padre Amaro ni su hermano mayor Amil habían heredado la naturaleza feroz de los Castronavea. El primero, por pusilánime, y el segundo porque, aunque su ambición desmedida le abocaba a ello como la miel a las abejas, era en el fondo un hombre inseguro que se servía de su tamaño y fuerza

para disimular esto. Al final, el abuelo Dositeu había comprendido que la tía Iria sería la única capaz de mantener su legado a pesar de ser mujer.

—No has estado para recibirme —le dijo André.

Amil asintió y se encogió de hombros. Se extendió un silencio incómodo y acostumbrado, uno que André había pensado que tardaría en surgir de nuevo entre su hermano y él.

—Demasiado trabajo —contestó este al fin.

André asintió, y otra vez el silencio.

—Ya —contestó André asintiendo—, comprendo.

Amil le dedicó una mirada breve y se marchó sin decir nada. André suspiró un poco y se acercó para mirar el verdor a través de la ventana. A pesar de su ausencia, de la distancia y de las lluvias de tiempo que habían empapado Galicia, todas las relaciones familiares seguían tan intactas como las hojas del roble carballo cuyas ramas, como siempre, trataban de alcanzar su ventana. «Exactamente como si anhelasen el hogar tanto como lo he añorado yo». Observó con deleite la intensidad inigualable del verde viridián, las estrías alegres de los enveses y la tersura húmeda de esas hojas que tanto había observado de zagal, y se dijo que, de tener una pasión o una vocación, la observación era la suya.